

LA NOVELA SEMANAL



LOS OJOS NEGROS

POR

J. LOPEZ SILVA

PRECIO: 10 Centavos

Más de 200.000 personas la leen



PEDRO BIGNOLI

CASA FUNDADA EL AÑO 1868

IMPORTACION

EXPOSICION PERMANENTE
DE OBJETOS PARA REGALOS



BAZAR Y MENAJE

FABRICA Y COMPOSTURAS

DE PARAGUAS :: BASTONES
SOMBRILLAS :: ABANICOS



Carlos Pellegrini esquina Sarmiento

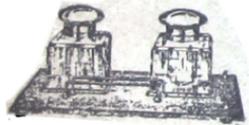
Union Telef. 552, Libertad :: Coop. Telef. 7, Central

BUENOS AIRES

CASAS DE COMPRAS

Viale dei Mille (Edificio proprio) MILANO
Rue d'Angouleme 10 PARIS
Broad Street 116 NEW YORK

Dirección Telegráfica: LINA



“LA NOVELA SEMANAL”

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agencia en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario “La Capital”, San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de “LA NOVELA SEMANAL” en las localidades del interior y exterior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.—LA ADMINISTRACION.

PARA EL LECTOR

Dada la crisis de papel por que atraviesan todas las empresas editoriales del país, hemos resuelto en lo sucesivo no volver a reeditar ningún ejemplar de los números agotados. Pero en beneficio del público interesado por nuestras colecciones, en lugar de aumentar, como habíamos anunciado, el precio del ejemplar atrasado, éste valdrá en lo sucesivo y como siempre 10 centavos.

Actualmente casi todas nuestras obras (la mayoría reeditadas) pueden adquirirse en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

Veán, al final, la lista de las obras publicadas.

IMPORTANTE

Hacemos notar a los señores subscriptores, cuyo abono haya vencido en esta fecha, se sirvan renovarlo, para evitar la interrupción del envío de la novela.

Cúrele el resfriado a su hijo, dándole a tomar el Jarabe de Higos “California”

Limpia el hígado y los intestinos delicados, y el niño se cura instantáneamente.

Quando su hijo tenga un fuerte resfriado, no aguarde más tiempo; dele a su pequeño estómago, hígado e intestinos, un laxante suave, pero eficaz. Si el niño está intranquilo, malhumorado, indiferente, pálido, no come, no duerme ni se porta bien; si tiene el aliento fétido y el estómago ácido, dele una cucharita del jarabe de Higos “California”, y en pocas horas desaparecerá de sus intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y comida no digerida, y el niño volverá a estar sano y contento.

Si su hijo tose, y ha cogido un resfriado, o está febril o tiene mal la garganta, dele una buena dosis del Jarabe de Higos “California”, para limpiar los intes-

tinios, no importa que se le esté dando otro tratamiento.

No hay que instar al niño enfermo para que tome este “laxante de fruta” inofensivo. Millones de madres lo tienen siempre a la mano, porque conocen su acción en el estómago, hígado y los intestinos y saben que es rápida y eficaz. También saben las madres que un poco de este jarabe que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos “California”, que contiene las direcciones completas impresas en cada botella, para niños de todas edades y para adultos. Cuidese bien de otros jarabes falsificados de higos. Compre el genuino, fabricado por “California Fig Syrup Company”.

LA NERVIOSIDAD: — EL INSOMNIO

¿Es usted una de las personas que pasa toda la noche en un sobresalto, sin poder dormir, dando vuelta tras vuelta en la cama sin encontrar posición cómoda?

¿Es usted una de esas que al más mínimo ruido parece que el corazón va a saltársele de la boca?

He aquí, pues, dos diferentes casos de nerviosidad, ambos resultantes de mala nutrición, de nervios mal nutridos.

Uno de los principales beneficios del uso de las Pastillas del Dr. Richards es que la sangre rica y pura, resultado del alimento bien digerido, nutre los nervios.

La nerviosidad, el insomnio, los dolores de cabeza neurálgicos, la agitación extraña unas veces y el aburrimiento y el agotamiento de fuerzas otras, la pérdida de la memoria, todo se debe a que los nervios están mal nutridos.

Los sedativos y narcóticos pueden traer alivio momentáneo, pero no pueden efectuar la curación. Mientras el aparato digestivo no cumpla su misión, no es posible curarse. Restablecida o perfeccionada la digestión y asimilación con el uso de las Pastillas del Dr. Richards, la mejoría es casi instantánea y la curación completa es cuestión de tiempo comparativamente corto.

Hay, por supuesto, otras pastillas, píldoras, jarabes y vinos con los cuales se pretende hacer lo que queda explicado; pero no olvide usted que con las Pastillas del Dr. Richards se han realizado millares de curaciones en todo el mundo. Su merito está ya probado. Con ellas no se están haciendo experimentos, sino que se está repitiendo constantemente el éxito. Sus vecinos conocen las Pastillas del Dr. Richards; las conoce el médico de su casa y los médicos de todas las demás casas del pueblo o ciudad.

Si estima usted su salud no haga experimentos. Tome un medicamento de efectos probados; tome las Pastillas del Dr. Richards.

¡Cure la Caspa! El Cabello se pondrá Espeso, Ondeado y Bello

¡Muchachas! Pásense un paño por el cabello y dupliquen su belleza

La caspa desaparece y el cabello no se vuelve a caer.

Si desea poseer una cabellera abundante y hermosa, suave, lustrosa, sensible, ondeada y sin caspa, no tiene más que usar Danderine.

Es fácil y no costoso tener un cabello bonito, suave y, sobre todo, abundante. Sólo tiene que comprar ahora un frasco de Danderine de Knowlton: todas las farmacias lo recomiendan. Aplíquese un poco según las instrucciones que acompañan a cada frasco, y al cabo de los diez minutos se notará más abundante. Se pone fresco, sedoso, cogerá un lustre incomparable y verá que no puede encontrar la menor partícula de caspa, y no se caerá el cabello; pero su verdadera sorpresa será después

de usarlo por varias semanas, cuando vea un cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Danderine es el único tónico, a nuestro juicio, que hace crecer el cabello, destruye la caspa y cura la picazón en el cráneo, evitando que el cabello se caiga.

Si Ud. quiere ver lo bonito y suave que su cabello es, humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Su cabello se pondrá suave, lustroso y bello en pocos minutos; una sorpresa agradable aguarda a todas aquellas personas que lo prueban.

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS
"LA PASARELA"

Por OTTO MIGUEL CIONE

Es esta novela la obra más hermosa y completa que haya salido de la pluma del ilustre y popular escritor uruguayo.

EN EL NUMERO SIGUIENTE:

LA PSICOLOGIA DE LOS CELOS

Por JOSE INGENIEROS

LOS OJOS NEGROS

POR

J. LÓPEZ SILVA

I

—Oye, Luisa.

—¿Qué quieres?

—¿Me dejas que vaya a esperarte luego a la salida del obrador?

—No, Paco; no vayas...

—¿Es que no valgo yo para ti?

—No sé si vales o no. Sé que te aprecio porque eres bueno y cariñoso conmigo, y nada más.

—¡Tengo que decirte una cosa!...

—¿Cuál?

—¡Que me gustas mucho!... Oye: ¿quieres ser mi novia?...

Coloreáronse las mejillas de la muchacha ante aquella declaración de tiro rápido, fijó su mirada absorta en los ojos interrogantes del mozo, y, rompiendo en una risa fresca y cristalina, alejóse con paso menudo y veloz como pajarita de las nieves, dejando al declarante boquiabierto y angustiado.

Son los protagonistas de este breve coloquio, "El niño de Chamberí", un muchacho de blusa y gorrilla, pulido y atrayente, y una costurerilla de veinte primaveras, menuda y vivaracha, de

En la última página insertamos la lista de las interesantes obras publicadas, que recomendamos adquieran todos los coleccionistas, y además anunciamos los nombres de los autores prontos a publicar.

grandes ojos negros y boca fresca y sonriente; un ejemplar de la inconfundible chulapa madrileña, hija legítima de aquellas majas famosas de la navaja en la liga; la chula de ojos intensos, "charrañes", de mirar atrevido ahora y ensoñador luego, acariciadores hoy y fieros mañana.

II

En un pisito entresuelo muy coquetón de la calle de... alhajado con sencillez y buen gusto, que delataban la dirección experta de un artista de temperamento exquisito, se hallaba establecida la "Casa de Modas" de Ana Ruiz, más conocida entre su numerosa clientela por el sobrenombre de "Anita la Guapa". Era ésta una espléndida mujer de treinta abriles, de cuerpo firme y rostro apicarado, famosa entre la gente bullanguera por su hermosura llamativa y por su ética de manga ancha. Oficiala en otro tiempo de una célebre modista francesa, logró independizarse gracias a la protección decidida de un tenorio senil, de noble abolengo y mano pródiga, que a cambio de determinadas complacencias le instaló aquel "modus vivendi", de cuyos rendimientos disfrutaba, encantado de haber nacido, Pepe Morales, un señorito con ribetes de truhán que, a esrote con el viejo comendatario, usufructuaba los favores de aquella Mesalina de corte y confección.

De esta "Casa de Modas" era la niña mimada por el primer de sus manos y por su donosura, Luisa, la modistilla simpática y pizpireta de boca sonriente y ojos negros que acabamos de conocer. Su carácter abierto y su alegría contagiosa habían conquistado a todos de tal suerte que nunca se conoció la tristeza en el obrador durante las horas de trabajo, como Luisa soltara el chorro inagotable de su locuacidad pintoresca y graciosa.

—¡A casa, niñas!—dijo la maestra asomándose al obrador, después de mirar su reloj de pulsera.

Acicalábase Luisa coquetonamente la figurita de "biscuit" ante un espejo del probador para seguir a sus compañeras, cuando Anita, que había estado contemplándola en silencio, le dijo de pronto:

—Pero oye, tú: ¿qué te has dado hoy en la cara para tenerla tan bonita?

—¡Yo?—contestó la muchacha un poco sorprendida por el piropo.—Agüita clara de la fuente como todos los días. ¡No me gustan los potingues!

—¡Pues estás que tumbas de guapa!...

—¡Vaya, maestra, siempre tiene Vd. ganas de broma!—repuso la modistilla sin poder ocultar su satisfacción.

—¡Ah, mujer!... ¡Pero qué cabeza la mía!...—exclamó Anita golpeándose la frente con enojo como para castigar su olvido.—¿Sabes quién me ha dado muchos recuerdos para ti?

—¿Quién

—Alfredito Mendoza; ese chico tan guapo, amigo de mi novio...

—Sí; ese señorito rubio de bigote...

—¡Ay, criatura, como lo tienes!... ¡Loquito por tus pedazos está el pobre! ¡No piensa más que en ti!...

—¿Sí, eh?... Vaya, buenas noches, maestra—contestó picaramente Luisa haciendo intención de marcharse.

—Espera un poco, mujer, que tengo otro encargo para ti...

Mira: de su parte,—dijo sacando del cuarto de prueba un manojo de claveles reventones de color de fuego.

—¡Ay, qué hermosos! ¿Son para mí?—exclamó Luisa mirándolos con arrobamiento.

—¡Pues claro, tonta!... Tómalos. El quería entrártelos al obrador, pero porque no se enteraran las otras... ¡Como es tan delicado!...

—Pues muchas gracias, maestra—repuso prendiéndoselos del pecho.

—A mí no; a él es al que tienes que dárselas si te lo encuentras por una "casualidad", que bien se lo merece... ¿Me has oído?

—Sí, señora. Hasta mañana.

Y contemplando a la muchacha que salió más contenta que chiquillo con zapatos nuevos pensó la taimada maestra:—¡Habrà que decirseio más claro!...

Al trasponer Luisa el portal destacóse de las sùmbra de la calle la figura de un hombre que avanzó resueltamente hacia ella; era Paco, que no pudiendo resignarse a la mortal incertidumbre en que la muchacha lo tenía, iba decidido a salir de dudas. No sorprendió a la modistilla la presencia del novillero en aquel lugar; sé la anunciaba el corazón. Muchas veces el mozo se le había hecho el encontradizo, con gran contento suyo que sentía por él una marcada inclinación, y aquella noche, después de la declaración de la tarde, el encuentro tenía que producirse lógicamente. Esto lo sabía y lo deseaba Luisa, pero cuando el chico llegó junto a ella exclamó haciéndose la asombrada:

—¡Hola, Paco! ¿Tú por aquí!...

—Ya lo ves.

—¿Y cómo ha sido "eso"?

—He venido por la contestación.

—¿De qué?...

—De lo de antes... ¿No te acuerdas?

—¡Ah, sí!... ¡Qué memoria!... Bueno; pero oye, Paco: ¿de veras te gusto?...

—¡Una barbaridad!

—Y dime: ¿qué es lo que más te gusta de mí?—volvió a preguntar con graciosa coquetería.

—¡¡Todo!!

—Bueno, pero más que todo.

—Los ojos... ¡Esos ojos negros que van a ser mi gloria o mi perdición!

—Tu gloria serán, si Dios quiere.

—¡Ay, chiquilla!... ¿Y por qué no me lo has dicho antes?—exclamó Paco, radiante de alegría estrechando efusivamente la mano de la muchacha.

—¡Qué gracioso! Porque no se estila que las mujeres digamos esas cosas. ¡Si nosotras pudiéramos!...

—Oye, Paco:—dijo de pronto Luisa con seriedad de niña mañada.

—¿Qué quieres?

—Tengo que pedirte una cosa...

—No siendo que te olvide, pide por esa boca.

—Que vuelvas a tu oficio... que dejes los toros. ¡Me da miedo,

Paco!

—¿Qué deje los toros yo? ¡Ahora menos que nunca! Antes me empujaba la afición, pero desde hoy me empujará el ansia de ha-

cerme célebre; de ganar muchos miles para que cuando seas mi mujer te envidien todas las reinas del mundo.

—¿Y si te mata un toro?... ¡Qué horror!

—¡A quién!... ¿A mí?... ¡Calla, tonta! ¿Qué toro se atreverá a matarme sabiendo que tú te morirías de pena? Porque tú me querrás siempre... ¿verdad, mi gloria?

—¡Toda la vida!

—¿A "mí solo"?

—¡Mira!—dijo Luisa, clavando en los ojos interrogadores de Paco su mirada enérgica—y después de hacer una cruz con los dos índices, estampó en ella un beso rotundo.

—Oye: ¿quién te ha dado eso?—Preguntó de improviso Paco, fijándose en los claveles que Luisa llevaba prendidos del pecho.

—¿Esto?...—contestó la muchacha, palideciendo ligeramente al ver pasar a Mendoza junto a ellos.—Pues... mi maestra.

—¿Conque tu maestra? ... ¿Eh?

—Sí, porque verás: Su novio le ha llevado esta mañana un ramo de claveles;... ¿estás? y como ella sabe que a mí me gustan mucho, pues fué y me dijo: Coge unos pocos... Y entonces yo...

No pudo terminar la frase porque el mozo, sospechando la falsedad de aquella explicación, arrancó violentamente los claveles del pecho de su novia y los arrojó al suelo con rabia.

Mientras la muchacha se metía en el zaguán de su casa, él alejóse más prendado que cuando vino, pero con el germen de la duda clavado en el corazón.

Desde aquel día eran frecuentes estas escenas de amor y de celos. La cosa más nimia; el detalle más pueril; una mirada furtiva; una sonrisa equívoca, provocaba el reproche airado o la ironía mortificante del mozo. Aquellos momentos tranquilos en que los muchachos se entregaban a dulces ensueños de color de rosa trocábase bruscamente, por los celos de Paco, en enconadas disputas, de tan extremada violencia, que la ruptura de aquellas relaciones parecía inevitable a cada momento. Sin embargo, por uno de los muchos impenetrables misterios que el amor nos ofrece, más y más se arraigaba esta extraña pasión, cuanto más se repetían las injurias y los agravios, y ambos, olvidándose de las amarguras de sus horas negras, esperaban, contando los minutos, la entrevista diaria como el que espera la felicidad.

Sólo cuando Paco, por exigencias de su profesión, tenía que salir a torear en alguna modesta plaza rural, se interrumpían estos episodios amargos, y ello, más que de alivio para los amantes, servía para aumentar sus inquietudes y sus zozobras.

III

—Bueno, Luisa;—dijo la señora Dolores en el momento en que aquella se disponía a marchar al obrador después de comer—esto no puede seguir así de ninguna manera.

—¿Qué?

—Los comestibles están por las nubes y el dinero no es de goma elástica para estirarlo a gusto de una. ¡Tres pesetas dan muy poco de sí!

—¿Y a mí qué me cuenta usted?

—¿Y a quién quieres que se lo cuente? ¿Al Obispo? ¡Vaya con

la mocosa!—repuso la señora Dolores enardecida por lo que ella consideraba una insolencia de su hija.

—¿Pero puedo yo hacer más de lo que hago? ¿No trabajo como una bestia de carga desde que Dios amanece hasta que me rinde el sueño, para que a ustedes no les falte un pedazo de pan? Pues qué quieren ustedes? ¡¡Como no lo robe!!...

—¡Eh, tú, niña! ¡Poquitos humos aquí!—gruñó su padre que estaba tumbado perezosamente en un sofá de anea.

—¡Calla, descarada! ¡Despótica!—agregó la madre—¿Qué “ín-sulas” son esas?...

—¡Es que ya estoy hasta el alma de sufrir y de oír a todas horas el mismo romance! ¡No puedo más! ¡¡Es que no hay derecho, madre!!...

—Bueno, pues tienes que tomar alguna determinación—repuso la señora Dolores autoritariamente.

—¿Y qué quiere usted decirme con eso?

—Quiero decirte que hay que traer más dinero a casa porque de esta forma no podemos vivir; ¡conque tú verás lo que haces!

—¿Cómo que veré?... — replicó la chica con tono enérgico.

—¡Anda, desagradecida!

—¡Ahí la tienes! —siguió el padre, dirigiéndose a su mujer con dolido acento, — ¡Mátate! ¡Paşa las noches en vela! ¡Sacrificate por los hijos! ¡Dales una educación esmerada! y luego ¿para qué?... Para que te refrieguen todos los días por los hocicos los cuatro indecentes garbanzos que comes... ¡¡Ay!!.. Y después de suspirar tristemente dejóse caer de nuevo en el sofá como rendido por un abatimiento moral que estaba muy lejos de sentir.

Levantóse Luisa con un gesto de profunda repugnancia, y sin mirar a sus padres salió a la calle, cerrando la puerta de golpe y limpiándose una lágrima de vergüenza y de dolor.

Y el señor Boni, después de hostezar perezosamente, acomodóse lo mejor que pudo en el sofá, dispuesto a descabezar tranquilamente un sueñecito reparador, hasta la hora de cenar, después de decirle:

—Oye, tú: entorna el balcón y llámame a las siete.

IV

El hplgorio campestre con que Anita festejó a sus oficiales, para celebrar, según ella decía mintiendo descaradamente, el feliz balance de la temporada, en realidad no tenía otro objeto que poner en contacto a la rebelde Luisa con Mendoza, cazador furtivo de palomas torcaces y pagano de aquella invitación.

Una aprendizilla del propio obrador de Luisa, chismosuela y enredadora, llevada de sus aficiones a la tercera, fué la que puso en autos de todo a Paco, al regresar éste de una novillada lugareña, y quien lo encizajó añadiendo algunos pormenores de su propia cosecha que le envenenaron más el alma.

—¿Pero hombre, qué te pasa?...—le preguntó Luisa con carño al ver el gesto avinagrado tan peculiar en su novio.

—¡A mí no me pasa nada!...—contestó él acremente.—¿Conque ayer estuvimos de juerga? ¿Eh?

—¡De juerga no! Estuve convidada a comer en el campo. ¿Es algún crimen?

—¡Ya me lo han dicho!

—¡Ah! ¿Si? Pues hijo, me alegro.—repuso encogiéndose de hombros desdeñosa.—Así me ahorro el trabajo de decírtelo yo.

—¿Por qué has ido?

—Porque me ha dado la gana. ¡Ya lo sabes!

—Y habrá ido el señorito también, ¿no? Y tú, ¡es claro! le habrás hecho el rendibú...

—¡Déjame en paz! Si tiene para mí alguna atención, que no tienen otros más obligados, y si me obsequia con unas flores o con una palabra de cariño, no es justo que yo le pague con una coz; pero ese hombre no me importa nada, ¿lo oyes?—¡Ni ese ni ninguno!

—Entonces ¿por qué te acosa de ese modo?

—Pregúntasele a él, y no me mortifiques más; soy joven y tengo derecho a la vida, como todo el mundo. Si he de estar reventándome como un animal para sostener una casa en la que nadie trabaja más que yo, y si he de privarme de un rato de recreo fuera de tu lado, ya que tú no me traes más que lágrimas y tormentos, más vale terminar de una vez y para siempre. Te quiero mucho, pero déjame.

—¿Por qué me hablas con ese tono?

—¡Porque no puedo más, Paco! ¡Porque ya estoy harta! Por ti vivo sacrificando mi alegría y mi salud, únicas cosas que Dios me ha dado; por tu causa estoy siempre arisca y silenciosa, y por miedo a tu manía ridícula paso a los ojos de la gente por una bestia feroz. ¿Es esto justo, Paco? ¡Me muero de envidia y de pena cuando veo a otras mujeres felices junto a sus novios! ¿Es que yo soy de peor condición que ellas? ¿Qué has visto de malo en mí para que me mates poco a poco con tus insultos y tus recelos?

—¡Tus ojos!

—¡Malditos sean ellos si tienen la culpa de nuestra desdicha!

—¿Qué tienes en los ojos, Luisa de mi alma?—siguió Paco dando a su acento una expresión de iluminado—¿Qué tienes en los ojos que así me trastornan el juicio? Si se fijan en mí, hoscos o tristes, se me figura que te los pone, así el fastidio de verte a mi lado; si me miran amantes y felices me parece que aquellas miradas me atraviesan la cabeza y van a clavarse en otro hombre más dichoso que yo...

—¡Tú estás loco y quieres volverme loca a mí!

—Es que no puedo arrancar de mi frente los pensamientos amargos; es que tú te has divertido mucho, Luisa;... es que dicen...

—¿Qué dicen? ¡Habla!—gritó altiva, y como Paco empudeciera, sin atreverse a terminar la frase, siguió diciendo exaltada:

—¡No tengo nada de qué avergonzarme, ni ahora ni nunca! ¿Lo oyes? ¡nada! Pero últimamente ¿con qué derecho me pides tú cuentas de lo que haya podido hacer antes de conocerte? ¿Es que he debido estar metida en un fanal para que no se me acercaran ni las moscas hasta que a ti se te ocurriera venir a buscarme? ¡Vamos, hombre!... ¿Qué quieres? ¿No te basta con saber que puedes ir a mi lado con la frente muy alta? ¿No tienes bastante con la seguridad de que nadie te podrá señalar con el dedo?...

—¿Y eso quién me lo asegura a mí?...—se atrevió a preguntar el mozo con desconfianza.

—¡Yo!!—afirmó ella, fulgurándole los ojos—¡Yo sola, que digo más verdad que el mundo entero!—¡Yo, que soy tan honrada como la primera y que jamás te he olvidado ni con el pensamiento! ¡No lo olvides! Y es la última vez que te lo consiento, porque ya me repugna tanta humillación y tanta ignominia... ¡Si tú me crees mala y sigues a mi lado, no tienes vergüenza!

Brilló un chispazo de alegría en los ojos de Paco y respiró a pleno pulmón, como caminante después de una jornada penosa. Las palabras de Juísa, expresadas con arrogancia altanera, cayeron como un bálsamo divino en el corazón del muchacho, y por un momento reinó la paz en su espíritu y terminó plácidamente la entrevista de aquella noche...

V

Descansaba Paco de la "faena" de aquella tarde en un cuartucho indecoroso de cierta posada pueblerina, cuando "El Chiquilín", su banderillero, peón de brega y confidente, hombre cuarentón y cansado de rodar por el mundo, viéndolo sombrío y silencioso le dijo:

—¿Pero se "pué" saber qué es lo que te pasa? ¡Hay que ver!... Cuando acabas de "despachar" tres toros "como los propios ángeles", y cuando ves que los públicos te llevan en palmitas y que tu nombre sube más que el precio del aceite, en lugar de hincharte de orgullo y de satisfacción estás que "paeces" la estatua de la "Me. Mancolfa". ¿Y tú eres "El niño de Chamberí"?... ¡A ti debían llamarte "El ciprés nurótico"!... ¡Hombre, por los clavos de Cristo! ¡"Pa verte así más vale que Dios te despene!

—¡Qué asco de vida, "Chiquilín"!—contestó tristemente el interpelado.

—Sí; tú le "tjes" mucho asco a la vida, pero en cuanto te ves delante de un toro burriciego "paee" que llevas en "cá" pata un motor de cincuenta caballos según lo que corres... ¡Que hablara yo así, que después de torear veinte años y de tener el cuerpo como una criba voy por ahí con los huesos al aire!... pero tú ¿por qué dices eso?

—De sobra sabes por qué lo digo.

—¡Ah, vamos!... ¿Ya estás con la calentura? Estos amores van a quitarte los dos milímetros "cuadraos" que te quedan de sentido común. Si llevo ya a tropezar a tus años con una morena como la que a ti te ha "tocao" en suerte... ¡Mi madre!... ¡Hubiera sido estrecho el mundo "pa" mí.

—¿Pero tú crees que me quiere, "Chiquilín"?...—interrogó Paco, temeroso como si esperase una negativa.

—Pues si no te quisiera, ¿cómo había de aguantar a un pelmazo semejante? ¿Tú qué haces "pa" alegrarle a esa infeliz la vida que lleva, si desde que la conoces no te ríes aunque te hagan cosquillas? ¡Luego dicen que las mujeres son malas!... ¡"Demasiado" buenas son!

—¿Qué estará haciendo ahora, "Chiquilín"?—exclamó Paco obesionado por su eterna desconfianza.

—¡Vete a saber!... A lo mejor "pué" que esté limpiándose las uñas.

—¡Todo lo tomas a guasa!

—¿Y como "quiés" que tome a un sujeto como tú, que no "pué" digerir de puro tonto?

—¡Es que yo no sé lo que me pasa con esa mujer!... Porque tienes razón, "Chiquilín": me quiere; yo conozco que me quiere porque a pesar de las fatigas que le doy y de las lágrimas que por mí vierte, cuando me ve, de alegría se le salen los ojos de la cara... y sin embargo, vivo sin sosiego y los celos condenados me ahogan como si llevara una plancha de hierro encima de los pulmones.

—¿Pero te ha "dao" algún motivo? ¿Tú sabes algo feo de ella?

—¡Yo!... lo que dicen! ¡Hablan tantas cosas!... Y luego, la gentuza que le rodea; la libertad que tiene; lo hermosa que es... ¡Ay, "Chiquilín", aquellos ojos!...

—¡Ríete tú de los peces de colores! La mujer que sabe pisar en firme, no se cae aunque la empujen.

—¡Ay, Balbino, cuánto te agradezco lo que me dices! ¡Nunca olvidaré el bien que me hacen tus palabras!

—Entonces, una cosa "ná" más te pido: que cuando llegues a "estrella" y tengas que mejorar tu cuadrilla no me pongas los garbanzos en el arroyo...

—¡Primero me quedaría yo sin comer! No te preocupes, que conmigo no ha de faltarte nada. ¡Te lo juro!

—Pues mira: "pa" ver si es "verdá", convídame a unas copas por "adelantao".

—¡Andando!—Y cogidos del brazo, en animada conversación, se fueron a una tabernucha próxima, donde eran objeto de la curiosidad de los indígenas, dos "maletillas" famélicos y astrosos que completaban la "famosa" cuadrilla de "El niño de Chamberí".

VI

Los padres de Luisa, una mujer de pocos escrúpulos y un vago de real orden, atentos solamente al jornal de la muchacha y a ir tirando de la vida lo más cómodamente posible, la dejaban campar por sus respetos, porque como la madre decía con su lógica un poco arbitraria: "¡No la van a quitar ningún pedazo"! Y este domingo un baile nocturno y al otro una fiesta campestre con sus compañeras y con el obligado cortejo de mozos resabiados, la vida de Luisa había deslizándose, antes de conocer a su novio, en medio de una libertad un poco peligrosa.

Todo esto lo supo Paco después de la noche aquella en que ambos se juraron amor eterno, y no faltaron almas piadosas que se encargaran de ir amargándole la existencia con sus insidias:—"Mira bien dónde te metes"...—le decía un amigo cariñoso, pretendiendo salvarlo de una ruina cierta:—"La otra noche la vieron muy acompañada con un señorito por cierta calle!...—le sopiaba otro, mirándolo entre compasivo y zumbón.—"Tú verás lo que haces",—le aconsejaba el de más allá,—"pero yo en tu pellejo me aseguraría antes"!...—Nadie, sin embargo, señalaba un hecho concreto que pudiera menoscabar el buen nombre de la muchacha. Todo eran conjeturas, hipótesis:—"Se dice"!... ; "Me han contado"!... ; "Fulano lo ha oído"!... vaguedades, en fin, pero era lo cierto que la honra de Luisa andaba en lenguas de la gente, aun cuando ella, por un milagroso equilibrio moral que Paco ignoraba y que su maestra era incapaz de comprender, a pesar de moverse en un ambiente escabroso supo bordear el peligro y evitar la "caída"...

Pero las constantes reflexiones de sus espontáneos consejeros, a las que daban un valor efectivo el carácter abierto y la jovialidad irreflexiva de la muchacha, habían sembrado poco a poco la duda en el alma de Paco y le hacían entregarse a pensamientos sombríos: Ella se había divertido por ahí sin que nadie le señalara el riesgo que corría;—pensaba,—"sin el consejo sano de una madre buena; sin el suficiente conocimiento de la vida para poder esquivar la tentación... Y recordaba las comilonas domingueras organizadas por Anita "la Guapa" y los bailes de bajo fondo, a los que iba empujada por amigas de dudosa moralidad, y él sabía, por experien-

cia, qué difícilmente una virtud tierna puede substraerse a los efectos de la alegría morbosa, de los vapores del vino, de la frase erótica y del contacto de dos cuerpos jóvenes en un baile ceñido...

La fiebre de los celos volvíale ceñudo y feroz como un Otelo y hacía que tomaran cuerpo en su imaginación las sospechas vagas de sus amigos, y recordaba la palidez delatora de Luisa la noche de los claveles, y veía en cada hombre un rival suyo, y atando cabos, parecíanle a él indicios claros de culpabilidad las cosas más triviales. Otras veces sus arrebatos hacían crisis, y entonces tornábase optimista y todo el encono de su alma se volvía contra aquellos que amontonaban cieno sobre la honra inmaculada de Luisa — ¡“Canallas”!... ¡“Cobardes”!... ¿“Cuál de ellos—se decía—tendrá valor para sostener cara a cara que su novia no era una mujer limpia de toda sospecha”?... Y por un momento se la imaginaba en los espacios infinitos, nimbada de luz, entre nubes de ópalo y rosa y circundada por cabecitas angelicales como la Madre del Redentor... ¿“Pero quién podría poner las manos en el fuego por ella”?... —se preguntaba tristemente cuando se le desvanecían aquellas ráfagas de reflexión serena.— ¡“Yo en tu pellejo me aseguraría antes”!... —le había dicho uno; su mejor amigo, su consejero más leal... — ¡“Si! ¡Ese es el camino seguro!—pensaba—“Pero si ella es una mujer decente ¿por qué someterla a prueba tan innoble?... Y si se prestara fácilmente a ella ¿no sería esto una demostración de que pudo tener la misma generosidad con otros?... Y si se negaba no podría ser por temor a que él descubriera algún desliz pretérito”?... Y a medida que la incertidumbre y la desconfianza iban apoderándose de Paco, más y más se arraigaba en su pecho la pasión irrefrenable que por ella sentía.

VII

Disponíase Luisa a seguir a sus compañeras después del trabajo de aquel día, cuando Anita, tirándole suavemente del pañuelo de crespón, le dijo: ¡Quédate!

—¿Yo?

—Sí, calla; tengo que hablarte.

Salieron las modistillas como bandada de palomas, entre risas y charloteos, y cuando se hubo apagado el rumor de aquella bulliciosa algarabía, Anita cerró cuidadosamente la puerta y mirando a la muchacha con fingido enojo, dijo: ¡Siéntate!

Así lo hizo Luisa sin alcanzar a comprender la causa de tan aparatoso misterio, y observando que su maestra callaba como si no encontrara el arranque de la conversación, exclamó:

—¿Qué pasa, maestra?

—¡Que me tienes muy enojada!

—¿Yo? ¿Por qué?

—Vamos; ven acá y contesta: ¿Qué te propones llevando esa vida estúpida que llevas?... Tú sabes que yo miro por ti como una hermana, porque te aprecio de corazón, y me da coraje que una criatura con esa cara de virgen y con ese cuerpo juncal no saque partido de su hermosura y de su juventud, y este usejándose día y noche para mal comer unas tristes patatas y llevar cuatro pingos encima. Yo no voy ganando nada con que tú levantes el vuelo, como comprenderás, y si te aconsejo así por tu bien es, y que Dios me lleve si me queda otra dentro. Después de todo, para mí sola sería el perjuicio, pero por encima de mi egoísmo

está el cariño que te tengo. Conque aprovecha y no seas inabécil, que la vida es corta, y si quieres vivir feliz echa el corazón a un lado y sigue tu camino adelante, sin poner tu querer en ningún hombre, porque no han de agradecértelo.

Escuchaba Luisa esta especie de alegato celestinesco, sorprendida al principio, preocupada después... La suerte de las que fueron sus compañeras, sacada a colación por Anita, había despertado en ella muchas veces un irresistible sentimiento de envidia. *¡Son tan felices!* — pensaba mirando tristemente su faldita de percal barato y sus zapatos deslucidos... pero el amor de Paco, aunque lleno de amarguras para ella, le hacía rechazar con repugnancia la idea de verse algún día como las otras. *¡Son unas desgraciadas que se venden sin amor! ¡No! ¡Qué asco!... ¡Debe ser tan hermoso poder decir con orgullo: Este es mi hombre! ¡Mio sólo y para siempre!...* — y sus ojos brillaron con fulgor de intensa alegría y el alma le repicó a gloria...

—¡Los hombres!... No te niego que hay algunos que merecen cualquier locura que se haga... ¡Qué duda cabe! Los hay y tú conoces uno... — recaló Anita.

—¿Yo?

—Uno que sería capaz de dar porque tú le hicieras caso... ¡Qué sé yo lo que daría!; Mendoza!... ¡Ese es un hombre, hija mía! ¡Pero un hombre cabal, de lo que ya no se ve por el mundo!: joven, guapo, cariñoso, con mil pesetas siempre en el bolsillo, y rebosando alegría por todo su cuerpo. ¡Ni más ni menos que ese sauce llorón que tienes por novio!... ¡Ay, chiquilla, quien estuviera dentro de ti para echarlo todo a rodar y reírse del mundo!...

De nuevo la charla maléfica de su maestra llevó al pensamiento de Luisa el recuerdo tentador de Mercedes *la Rubia* con su vida regalona y riente, y otra vez le salió al paso la sombría figura del torero con su mirada inquisitorial y su palabra punzante, pero amado por ella con fuerza invencible, y la lucha de estos dos encontrados sentimientos dejó sumida a la muchacha en una profunda melancolía.

—¡Pero dí algo, mujer,—exclamó Anita enojada por el pertinaz silencio de Luisa; y cuando ésta disponíase a replicar a su maestra, la puerta del obrador que comunicaba con las habitaciones interiores se abrió sigilosamente para dar paso a la figura gallarda y pulcra de Mendoza, quien con habilidad truhanesca había preparado a Luisa esta encerrona, de acuerdo con la taimada modista.

—¡Hombre, mira qué casualidad!... — siguió diciendo Anita simulando un asombro que no tenía por qué sentir. — ¿Pero de dónde sale usted, hombre de Dios?...

—Acabo de llegar con Pepe, sin sospechar que me esperaba en esta casa una sorpresa tan agradable — contestó Mendoza envolviendo a Luisa en una mirada de deseo.

—Pues de usted estábamos hablando ahora.

—¿De veras hablaba usted de mí?... — preguntó el mancebo a Luisa con acento apasionado.

Una leve guiñada de Mendoza bastó para que Anita, mujer experta en lances de amor, con el pretexto de un quehacer perentorio, dejara libre el campo sin olvidarse de cerrar la puerta. Luisa, encendido el rostro, inquieta y recelosa, temblaba como un gorrión en manos de chiquillo travieso al verse a solas con aquel hombre;

quiso esquivar el peligro huyendo a la calle, pero al tratar de hacerlo, Mendoza la retuvo cariñosamente de un brazo diciéndole con acento acariciador:

—¿Qué le pasa a usted, Luisa? ¿Está usted nerviosa?

—¡No, me encuentro bien! ¡Un vahido!... ¡Déjeme usted, por favor! — suplicó ella.

—Vamos: venga usted acá y tranquilícese. ¡Eso no es nada! ¡Y no me mire usted con esos ojos de espanto, criatura!

No tuvo fuerzas la modistilla para replicar a Mendoza, y éste, haciéndola sentar de nuevo a su lado, le dijo en tono de dulce reproche:

—¿Por qué me trata usted así? ¿Por qué es usted tan mala conmigo?

—Yo no soy mala con nadie, — objetó Luisa tímidamente — y menos con usted que tan cariñoso fué siempre para mí... Yo le estoy a usted muy agradecida porque no me lo merezco...

—Usted se merece eso y mucho más: ¡un paraíso encantado! — replicó él insinuante, buscando la mirada de Luisa. Y en cuanto a su gratitud... yo quisiera que usted me la demostrara de otro modo para creer en ella...

—¿Cómo?

—Dándome un poco de cariño: ¡de ese cariño de usted que debe saber a gloria bendita!...

—¡No puedo, Mendoza! ¡quiero a otro hombre!

—Está usted segura, *segura*, de que lo quiere?

—¡Con toda mi alma! — afirmó ella tristemente, como si al hacer esta declaración confesara su infortunio.

—¿Entonces no puedo esperar nada de usted?... Ni una esperuza; algo que mantenga viva en mí esta ilusión que es toda mi vida...

Movió Luisa la cabeza negativamente, y viendo Mendoza el mal giro que tomaba aquello, abordó sin ambages el asunto, insinuando sus verdaderos propósitos:

—Pero Luisa querida: yo no soy exigente; yo no le pido a usted que deje de querer a ese hombre...

Comprendió Anita con su fino instinto de mujer experimentada la conveniencia de cortar el coloquio en aquel punto, y saliendo de nuevo, dijo alborozada:

—¿Saben ustedes lo que se le ha ocurrido a Pepe? Que podríamos cenar los cuatro juntos esta noche. Es una idea, ¿verdad, Alfredo?

—¡No está mal! — Asintió éste con displicencia, haciéndose el ofendido.

—Chica, yo le he contestado que sí, porque como tu novio anda toreando por los pueblos... Además, ha traído un palco para Apolo y podemos ir luego a ver un par de piezas. ¿No le parece a usted, Mendoza?

—¡Por mí!...

—¡Ay, no! ¡Yo no puedo ir! — exclamó asustada Luisa.

—¡Hija, qué barbaridad, cómo te pones!... ¡Ni que fueras a cometer un crimen!

—¡Me da mucho miedo!

—¡Anda ésta!... ¿Por qué?

—¡Si me viera alguien!... ¡No, no!

—¿Pero quién te va a ver, so tonta?...

—¿Y mi madre?...

—¿Tu madre?... ¡No me hagas reír! A tu madre vas de una corrida y se lo dices. ¡Verás cómo no se asusta!...

—¿Pero y mi novio? ¡Quite usted, por Dios, maestra!... ¡Si se entera, con lo celoso que es!... ¡No quiero ni pensarlo! ¡Me mataba!

—Tu novio está muy entretenido ahora con los toros — arguyó Anita pérfidamente, subrayando las últimas palabras. — Y sobre todo, chica; ¡si por miedo a los gorriones no se sembraran cañamones!... Además, tienes que considerar que es un desaire para nosotros; un feo muy grande que le haces a Mendoza... ¡Compréndelo, mujer!

—¡Sí, maestra, pero... — se atrevió a replicar la muchacha. Y la astuta modista, viéndola vacilar, después de un meloso *¡ven acá, simple!* — tomóla del brazo y la llevó a un extremo de la sala, mientras Alfredo, balanceándose indolentemente en una mecedora y fumando un cigarrillo turco, observaba de reojo con estudiada indiferencia el rejuergo de su amiga. Siguió una breve lucha, durante la cual vióse accionar a la maestra con suavidad unas veces y otras con enojo, según era enérgica o débil la resistencia de Luisa, hasta que al fin, vencida ésta por la avasalladora labia de Anita, salió del obrador con paso vacilante después de decir: *¡Ahora vuelvo!*

Y la perversa modista cuando vió marchar a su oficiala, volviése a Mendoza y le dijo solapadamente: *¡Que sea enhorabuena, ladrón!*...

Dominada por una inquietud y una nerviosidad extraordinarias, no pudo Luisa conciliar el sueño en toda la noche. Los efectos de la copiosa cena, en la que abundaron los estimulantes, diestramente elegidos por la perversidad de Anita; el asedio amoroso de Mendoza, en el que puso su refinada táctica de hombre corrido, y el temor de que pudiera llegar a conocimiento de Paco la malhadada escapatoria, teníanla azorada y abatida.

Revolviendo en su desquiciado magín los lances de aquella locura que no se perdonaría jamás, recordaba que en el antepalco de Apolo, mientras su maestra y Morales presenciaban el espectáculo, Mendoza le habló de su amor, tanto tiempo contenido, y del martirio cruel a que ella le sometía con sus desdenes, poniendo en la palabra tan apasionada vehemencia y en el mirar tantos anhelos que por un momento sintió conatos de rebeldía en su sangre moza;... recordaba que le habló, insinuante y persuasivo, de trajes y joyas y venturas, y citaba el nombre de amigas suyas que podían dar testimonio de su esplendidez con las mujeres...

Era preciso que disfrutara los encantos de la vida, a la que tenía derecho por su juventud y por su hermosura; que fuera, en fin, una mujer dichosa... y en cuanto a sus amores con el otro, no habría por qué preocuparse;... él era un caballero y podía estar segura de la impunidad...

Cierto que ella, dueña siempre de su albedrío, si alguna vez Mendoza, habituado a las conquistas fáciles, intentó transponer los límites de lo decente, supo reprimir con valentía la insolencia, pero ¿cómo justificar esto ante el absurdo pesimismo de Paco, predispuesto constantemente a la desconfianza y a las dudas?... Y deprimida por una ataxia deshecha, la sorprendieron, llorando inconsolable, los albores del nuevo día.

Las colosales faenas que *El niño de Chamberí* había realizado con sus toros en las corridas de feria de Almagro tenía enloquecida a la afición madrileña. La prensa toda, dejando para mejor ocasión los más difíciles problemas políticos y sociales del momento, publicaba columnas enteras de prosa dítirámica en loor del nuevo astro de la torería; la efigie del coloso, difundida en revistas y diarios, había invadido todos los hogares que se estimaran en algo, y no faltó quien apuntara la idea prematura de que el chico debía tomar inmediatamente la alternativa para bajarles los humos a más de cuatro. El delirio tauromáquico llegó a su colmo cuando el telégrafo hizo conocer la fausta nueva: *Niño de Chamberí monumental. Tres toros, tres estocadas recibiendo. Ovación estupenda. Público electrizado sacóle hombros. Puntazo leve brazo. Corresponsal.*

La noticia corrió como un reguero de pólvora provocando la exaltación de los aficionados castizos. ¡Ya se concluía para la Villa y Corte el oprobioso despotismo de los toreros andaluces! ¡Ya tenía también Madrid el fenómeno que había de quitar los moños a *Joselito* y Belmonte!: Paco Guerra, *El niño de Chamberí*. ¡Pero qué niño! Con la elegancia clásica y el arte maravilloso de *Lagartijo*, el gran califa cordobés, y con los redaños únicos de *Frascuelo*, el granadino incomparable. Un niño que a la hora de la verdad despachaba los toros *recibiendo*, como hacían antaño los matadores con rifones y vergüenza.

.....

Cuando al día siguiente llegó a la estación el tren que traía a Paco Guerra, y apareció en la ventanilla del *Slipin* la silueta del novillero con el brazo en cabestrillo, la multitud que llenaba el andén, estalló en un aplauso formidable, y los vítores y aclamaciones, confundándose con el silbido estridente de la locomotora y con el trepidar seco y uniforme del convoy formaron un ruido que ensordecía; después aquella tromba humana, poseída de un fanatismo rayano en locura, lanzóse sobre el diestro, y con tal vehemencia quiso demostrarle su admiración y su conzepto, que tuvo que intervenir la fuerza pública para evitar que el entusiasmo de la gente malograra en flor aquella presunta gloria nacional.

Cuando, por fin, pudo Paco hurtar el cuerpo a las efusiones de sus idólatras, se le acercó *El Chiquilin* y le habló al oído:

—Ahí la tienes.

—¿Ha venido? — preguntó el diestro sin poder ocultar su emoción.

—Sí; en un coche te aguarda.

—¿Llevas mi encargo?...

—Aquí va.

—¡Pues aligera! Y guiado por su banderillero llegó hasta el vehículo, donde le esperaban dos manos trémulas que estrecharon la suya con pasión, y unos ojos negros llenos de ansiedad.

—¡Arrea, cochero! — gritó *El Chiquilin*, así que se hubieron acomodado los tres en el carruaje — y éste se puso en marcha.

—¿Qué ha sido, Paco?... ¡Dímelo, por tu madre! — interrogó Luisa mirando afligida el brazo herido de su novio.

—¡Nada, chiquilla; no te asustes! — respondió él sonriente — un rasguñillo sin importancia... cosa de ocho días ¡El muy ladrón tiraba al pecho, pero se quedó con las ganas! ¿Verdad, *Chiquilin*?

—¡Calla, por Dios!... — exclamó Luisa estremeciéndose.

—;No tenga usted miedo, maestra! — contestó el interpelado.
— Los toros no castigan más que a los *atontaos*, créame usted a mí, y a éste no hay toro que lo agarre; como no le tire un cuerno. Pero los amantes, sin prestar atención a la réplica de *El Chiquilin*, se arrullaban, silenciosamente con la mirada.

—;Te has acordado mucho de mí? — preguntó de pronto el torerillo sin apartar sus ojos de los de Luisa como si quisiera adivinarle el pensamiento.

—;Y le he rezado todas las noches a la virgencita de la Paloma para que te librara de los peligros!

—;Estás contenta, mi vida?

—;Y cómo no he de estarlo si tengo junto a mí lo que más quiero en el mundo!...

El niño pidióle a *El Chiquilin* una caja que aquél tenía en la mano y se la ofreció a su novia:

—Toma, nena.

—;Qué es?

—Un recuerdo que he traído de Almagro para ti; una mantilla de blonda para que la luzcas en la plaza el día de mi alternativa. Quiero brindarte mi primer toro de matador de cartel, viéndote sentadita en una delantera de grada como una reina en su trono, llevando por corona esa mantilla de encaje sujeta encima del corazón con un puñado de claveles rojos...

—;No, Paco! ;No me pidas que vaya! ;Me moriría de miedo y de angustia!...

—;Sí, mi gloria, sí! ;Tengo el presentimiento de que si no te veo en la plaza me va a matar un toro!... ;Irás?

—;Iré! — afirmó Luisa con resolución.

—;Gracias, negra mía!

Paró el coche bruscamente; saltó de él la muñeca arretrando la mantilla contra su pecho, como si llevara un tesoro, y entró en su casa radiante de júbilo, después de despedir con un gracioso mohín a su amante que la miraba embobado.

IX

En los altos del café de Fornos un grupo numeroso de amigos y admiradores incondicionales de Paco Guerra, celebraba ruidosamente el último triunfo de aquel futuro asombro de la torería, con una *garata*, en la que el vino jerezano y la manzanilla de Sanlúcar jugaban el principal papel. Las constantes libaciones y el ardor taurino de aquellas gentes, desbordado ante la presencia de *El niño de Chamberí*, habían convertido el comedor de Fornos en una casa de orates, donde el coro de alabanzas al festejado y los gritos y las risas formaban una algarabía infernal que llegaba hasta la calle.

Paco, abstraído por completo de sus quebrantos amorosos, tomaba parte en la alegría general y mostrábase satisfecho y orgulloso ante aquellas manifestaciones de entusiasmo, cuando uno de sus amigos, el señor Mariano Peralta; maestro de obras y hombre sesudo y grave que presenciaba silenciosamente las expansiones tumultuosas de los demás, acercóse al torero y le dijo:

—Oye tú; con permiso de los señores. Y llevándolo a un extremo del salón, donde ambos podían dialogar sin ser oídos, le habló así:

—Pues bien, querido Paco: te he llamado aparte porque quiero

decirte una cosa que me está recomiendo la sangre. Y como el asunto de que voy a tratar es bastante doloroso para ti, antes de entrar en materia deseo que me contestes a esta pregunta: ¿Tú crees que yo soy un buen amigo tuyo?

—Hombre, sí, señor: por tal te tengo a usted — contestó el torero un poco alarmado y sin comprender el objeto de aquel exordio.

—Siempre te lo he demostrado, y, por consiguiente, quiero que me escuches con serenidad y que, después de oírme, procedas como tu vergüenza te aconseje.

—No le entiendo a usted, señor Mariano...

—¡Deja a esa mujer!

—¿Qué?... — interrogó el diestro lívido y tembloroso.

—Así, escuetamente. ¡Deja a esa mujer!... Ni ella es digna de que tú la quieras, ni tú debes consentir que nadie te tome a chacota... Y no te digo más, porque al buen entendedor con pocas palabras le bastan. Tratándose de una persona sería como yo y de un hombre de sentido común como tú, huelgan las explicaciones.

—¡No, señor Mariano! ¡Hable usted sin tapujos! ¡Quiero saber la verdad!... — rugió el mozo fuera de sí. — ¡Toda la verdad, aunque con ella me haga usted cisco el corazón!...

—Pues toda la verdad se reduce a lo siguiente: Tu novia cenó anoche con un señorito y con otra pareja de cierta índole, y como no se trata de chismes ni de habladurías de vecindad, porque lo he visto yo con estos ojos, me considero en el deber ineludible de manifestárselo. ¿Es ésta una cosa ofensiva para ti?... ¡Eso tú lo verás! Yo no puedo jurarte que hicieran nada malo. ¡Dios me libre!, pero lo que sí te digo es que por las caras que llevaban cuando subieron al automóvil que los esperaba en la puerta, a jugar al *fut-bol* no iban. ¡De eso te respondo con la cabeza!

—¡Canalla!... — gritó *El niño de Chamberí*, golpeando iracundo el mármol de la mesa y haciendo saltar hechas trizas unas cuantas copas.

—¡Calma! — le dijo juiciosamente el señor Mariano para aplacar su excitación. Ten sensatez y no des aquí un espectáculo que sólo serviría para ponerte tú en ridículo.

—¿Qué pasa? — preguntaron alarmados varios amigos acercándose a la mesa.

—¡Nada, señores! — contestó el señor Mariano. ¡Un choque de ideas!... Este que es aliado y yo teutón y hablábamos de Verdún... ¡A ver, mozo; tráete unos *chatos*!...

X

Las horas que separaban a Paco del nuevo día parecíanle interminables. Desde que el señor Mariano Peralta le hizo conocer noble y claramente con su revelación la deslealtad de Luisa, ansiaba el momento de verse frente a la perjuración para volcar sobre ella toda su bilis tanto tiempo contenida; para castigar como fuera, aquella burla infame, aquella traición sin nombre que había matado para siempre todas sus ilusiones de gloria y felicidad.

Así, insomne y febril, se agitaba en el lecho barajando desordenadamente en su cerebro las ideas más encontradas, y pasando de la cólera aguda a un abatimiento absoluto. Unas veces daba por consumada alevosamente la traición de Luisa; otras parecía que aquellos ojos negros que eran toda su ilusión, le miraban bur-

iones como riéndose de su desventura y que aquella boca fresca y dulce que tantas veces le habló de amores, se abría insolente y para recordarle su mansedumbre con una palabra canallesca, y entonces enervado y con el espíritu deprimido lloraba como una criatura...

Cerca de una hora hacía que rondaba Paco el obrador de Anita la *Guapa*, esperando con nerviosa impaciencia el momento de desfogar su rabia, cuando salió Luisa del portal, pulida y jubilosa como en los días felices en que se conocieron. Al verla llegar, sintió impulsos de arrojarle sobre la muchacha y de castigar brutalmente aquella alegría que a él se le antojaba un escarnio, pero supo contener un momento su indignación.

—¿Cómo estás, Paco? ¿Y la herida?... — preguntó la muchacha con cariñosa solicitud.

—¡A tí no te importa nada! — contestó él agresivo — y luego, agarrándole una muñeca y mirándola ceñudo, añadió:

—¿Qué hiciste anoche?...

—¿Yo?... — balbuceó Luisa, sobrecogida por la intención de la pregunta y por la brusquedad con que fué hecha.

—¡Sí, tú! ¡Dilo!

—Nada.

—¡Mientes!

—¡Paco!...

—¡Mientes te digo! ¿Qué hiciste?

—Nada que pueda avergonzarme, — replicó ella serenamente. — Fué a cenar con la maestra y con su novio.

—¿Y con quién más?

—Con un amigo de ellos.

—¡Y tuyo no! ¿Verdad?

—¡No!!

—¡Un amigo!... — continuó Paco, dominando difícilmente su furia. — ¡El señorito de los claveles! ¿No?... ¡El hombre que me ha envenenado la vida y me ha hecho infeliz para siempre!... Y tú, ¡la sensible! ¡la mártir! ¡la honrada!, sabiéndolo, te aprovechas de que yo ando rodando por el mundo, poniendo el corazón en los cuernos de los toros y jugándome la vida por tí, para irte de francachela y arrastrar mi cariño y gozarta con mi desgracia...

—¡No, Paco, eso no! — protestó Luisa con entereza. — Hice mal, ¡pero yo te juro!...

—¡Sí; lo de todas! — dijo el torero, sonriendo irónico. — Que te llevaron a la fuerza; que allí no pasó nada; que estuvisteis rezando acaso ¿no es eso? Y yo que soy un *borrego* voy a creerte como otras veces... ¡Ese era tu cariño! ¡Esos eran tus rezos a la Virgen de la Paloma!...

—¡Paco!... — rugió Luisa, altiva y retadora.

—¿Por qué me tratas así?... — clamó Paco, mirándola humilde.

—¡Porque eres un infame!

—¡Perdóname, nena! ¡Es que me vuelvo loco! ¡Es que...!

—¡Basta!... ¡Canalla! — contestó Luisa con sequedad, y volviéndole la espalda altiva y desdefiosa, siguió su camino, pisando recto y pensando: ¡El lo ha querido!

Había pasado un mes desde la noche del rompimiento. Paco, nervioso y taciturno, rondaba inútilmente, con el alma en pena, el obrador de Anita, sin conseguir otra cosa que ensombrecerse más el espíritu, porque Luisa, firme en su propósito de evitar un encuentro que pudiera torcerle la voluntad, había resuelto abandonar temporalmente la Casa de Modas. Este alejamiento de su amante, dió nuevos pretextos a *El niño de Chamberí* para las más aventuradas conjeturas, y para convencerse de que su desdicha era irremediable.

Luisa, entretanto, trabajaba afanosa en su casa, oyendo todos los días con regularidad matemática, los *sanos consejos* de la señora Dolores, empeñada en conducirla por el *buen camino*.

El recuerdo bochornoso de su última entrevista con Paco; el implacable acosamiento de Mendoza, a quien le iba acercando, contra su voluntad, la prédica implacable de Anita *la Guapa*, y las constantes vigillas a que se veía obligada por las exigencias cada vez mayores de sus padres, habían cambiado poco a poco su carácter y su aspecto. La alegría de la muchacha habíase trocado en un gesto de profunda tristeza; su tez sonrosada en otro tiempo, tomaba visiblemente una palidez enfermiza, y sus ojos incitantes y parlanchines, entenebrecidos ahora por dos profundas ojeras violáceas, miraban hurafíos y melancólicos...

Y en esta situación, Luisa lloraba por la ausencia de unos amores que rechazaba su orgullo de mujer íntegra, y Paco, en sus interminables noches de desvelo, repetía mentalmente esta copla popular:

Maté a una mala mujer
que me engañó sin conciencia,
¡y ahora que está bajo tierra
no puedo vivir sin ella!...

XII

Cumpliendo las predicciones de los inteligentes en achaques taurinos, aquella tarde iba a consagrarse matador de toros, naña menos que en la Plaza de Madrid, Paco Guerra, alias *El niño de Chamberí*, con todos los honores de rúbrica y apadrinado por el coloso de la torería moderna José Gómez, *Joselito*, de cuyas *excelsas* manos había de recibir la ansiada alternativa. Era tal la expectación despertada entre las gentes por tan magno acontecimiento, que para lograr un billete aquel día, aun pagándolo a peso de oro, se necesitaban más agallas y más influencias que para conseguir la gran cruz de Isabel la Católica. No es, pues, extraño que la anchurosa calle de Alcalá presentara el día de autos el aspecto de las grandes solemnidades. Todo Madrid, envuelto en un turbión de luz cegadora, va, viene, se confunde, se apretuja en la famosa vía. Carruajes con lacayos de librea blasonada, *simones*, tranvías, ómnibus, todo linaje de vehículos, desde el *Packard* modernísimo hasta la tartana inverosímil, vuelan en derechura a la plaza, atestados por un enjambre humano, bullicioso, delirante, ávido de admirar los adornos de *Joselito* y los arrestos temerarios de *El niño de Chamberí*... ¡Allá va!... Es el pueblo de pan y toros... crujen los látigos; repiquetean los cascabeles de unos potros enjaezados a la andaluza; vocifera el mayoral que alienta a

sus trotones; cruza un jamelgo, que apenas puede con la doble carga del picador, y el *mono sabio*, montado en las ancas; alegre, vistosa, pasa en una jardinera la cuadrilla, que fulge resplandeciente de oro y seda; trompetea la bocina del 40 HP que lleva al matador... y sobre las risas de los viandantes y el estruendo de los coches, y la algarabía de los pregones, impera, continuo, el grito frenético de ¡Eh, a la plaza!!... ¡Eh, a la plaza!!

A los acordes de un pasacalle flamenco desfilaron las cuadrillas capitameadas por *Joselito* y *El niño de Chamberí*, ricamente ataviados y radiantes de juventud y de majeza. Un alentador aplauso de simpatía resonó al asomar al redondel la gallarda figura del debutante sobre el que convergieron todas las miradas.

—¡Tiene hechuras toreras el chaval! — exclamó un aficionado castizo.

—¡Y dicen que viene *pegando*! — añadió otro.

—Pero tiene poca alegría, — observó un tercero.

—¡Qué hombre más guapo, chica! — dijo con ojos de deseo una horizontal a otra de la misma laya.

—¡Lástima que sea tan jovencito! — contestó ésta con desilusión.

—¡No te fíes, hija! engañan.

Así que el concejal encargado de presidir la corrida tiró desde su palco la encintada llave del toril al alguacilillo, y los lidiadores ocuparon sus puestos aprestándose a la lucha, se abrió la puerta del chiquero para dar paso al primer toro de Paco Guerra, un soberbio animal negro como el azabache, astifino, y de hermosa lámina que salió de su encierro vertiginosamente para clavarse súbito en la arena cegado por los rayos solares. Un murmullo de asombro acogió la presencia del cornúpeto, que después de escarbar nerviosamente el suelo con las pezuñas, quedó en actitud desafiadora irguiendo el arrogante testuz.

Un escalofrío de pavor inmovilizó a las cuadrillas, a cuyos ojos tomaba el toro por momentos proporciones inverosímiles; los picadores, lívidos, esperaban con el corazón apretado la primera arremetida de la fiera, y el público, temiendo por la suerte del matador novel, guardaba un silencio de piadosa consideración, pero como ninguno de los peones osaba ser el primero en sacar al bicho de su querencia para llevarlo a la suerte de varas y aquella situación tenía trazas de hacerse crónica, un espectador, menos paciente o peor educado que los demás, gritó zumbonamente dirigiéndose a *El niño de Chamberí*:

—¡Qué haces tú ahí, so marica?...

Como una bofetada en pleno rostro sonó en los oídos de Paco Guerra el apóstrofe canallasco, y revelándose en él su condición de bravo, nunca desmentida, y su vergüenza de torero, solo, tranquilo y sonriente, rechazando imperioso la ayuda que *El Chiquilín* trataba de prestarle con más miedo que voluntad, avanzó capote al brazo hasta el centro mismo de la plaza, donde a pie firme y con el ánimo sereno, esperó la feroz acometida. Miráronse un momento retadores el hombre y la fiera; abrió Paco el percal citando a su enemigo con una enérgica patada en el suelo, y el toro, impetuoso y brutal, se lanzó sobre el diestro entre nubes de polvo, y al llegarse a él y engendrar la cornada siniestra, éste lo empapó en los pliegues airosos de su capa, esquivando el golpe con una artística flexión de cintura, y lo lanceó maravillosamente de poder a poder,

hasta que el bruto, perdida su acometividad, quedó jadeante y humillado a las plantas de su burlador.

Mientras Paco daba la vuelta al circo escuchando palmas y recogiendo cigarros, que *El Chiquilín*, más animoso ya, depositaba orgullosamente en su capote de lidia, el irritado animal, recobrada su bravura, arremetía con furor selvático contra los piqueros, lanzando por los aires, como muñecos de trapo, a 'cabalgaduras y jinetes, entre las aclamaciones de la multitud borracha de sol y de sangre. Ocho veces hundió hasta la cepa sus poderosos cuernos en las entrañas de los infelices jamelgos y otras tantas víctimas quedaron despanzurradas sobre la arena, dando a los ojos el vergonzoso espectáculo de una repugnante carnicería y a los matadores el pretexto para derrochar en los quites su alegría y su guapeza.

Dos colosales pares de rehiletes que *El niño de Chamberí* clavó quebrando en los propios cuernos de la res, exaltaron de nuevo el entusiasmo popular... y llegó la hora *agusta*. Al sonar el clarín para la suerte suprema, Paco, previo el tradicional saludo de cortesía, tomó de manos de *Joselito* los trastos de matar y con paso firme y resuelto avanzó hasta el palco del presidente, a quien, por virtud de una antigua pragmática, tenía que dedicar el primer toro. Descubrióse en medio de una expectación solemne y al alzar el brazo con la monterilla en la diestra para pronunciar su brindis, quedóse demudado y suspenso y sintió que una congoja de muerte le atenazaba el corazón... Allí mismo, a dos pasos, en una contrabarrera, junto a Mendoza, estaba ella, su Luisa, hermosa como una virgen morena, bajo el palio de su mantilla de blonda, *preñada sobre el corazón con un puñado de claveles sangrientos*, tal como él la pidió apasionadamente cierta noche inolvidable... Una extraña mezcla de amor redivivo y de odio agitó todo su ser, y a la simple sospecha de que la pudo llevar a la plaza el propósito perverso de humillarle delante de aquél hombre aborrecible, sintió impulsos de saltar al tendido y clavar su espada en el pecho de la mala mujer, pero un murmullo inquietante del público, que tomaba por miedo la súbita alteración del mozo, llevóle a la realidad y tirando al suelo con rabia la flamante montera requirió nerviosamente los avíos de matar, se fué resuelto hacia el toro, lo atrajo con la punta de la muleta hasta los pies mismos de la modistilla, y haciendo alarde de un arrojo temerario y de un arte sublime, embriagado por las ovaciones atronadoras del público, opuso a la bravura de la fiera el mágico poder de sus pases de muleta, tan apretados y ceñidos que alguna vez sintió rezbalar sobre su pecho las formidables astas... Quedó cuadrado el hermoso animal, dócil a la voluntad del diestro, y entonces este, después de un: *¡Va por ti!* dirigido a Luisa que le miraba demudada y anhelante, se arrojó impávido sobre el morrillo de la res y sepultó en él hasta la empuñadura la hoja de su estoque... Un grito general de espanto rasgó los aires y una angustia trágica oprimió los corazones; el toro, al sentirse herido había enganchado brutalmente a Paco Guerra por la cintura y pudo verse al pobre mozo campañeado de un modo horrible en los cuernos y despedido después sobre la arena, donde quedó inmóvil, mientras el iracundo animal, se abría de remos y tambaleando su pesada mole se desplomaba en tierra mugiendo lúgubremente junto al ensangrentado cuerpo de *El niño de Chamberí*.

Solícitos y consternados acudieron sus compañeros en auxilio del infeliz muchacho, que yacía en el suelo contraído por el dolor, y en sus brazos lo condujeron a la enfermería, seguidos por *El Chiquilín*, que lloraba como una criatura y se golpeaba el rostro

furiosamente como si él hubiera sido el causante de aquella desgracia.

Mientras la triste comitiva cruzaba el ruedo acompañada por los más sombríos augurios de los aficionados, uno de ellos preguntó de pronto señalando al tendido de Luisa, donde un grupo de espectadores y varios guardias se movían agitadamente.

—¿Qué pasa allí?

—¡Alguna bronca!—contestaron a su vera.

—¡Es una mujer accidentada!—repuso otro que parecía mejor enterado.

—¡Que se hubiera *quedao* en su casa zurciendo calcetines!... se le ocurrió decir a un mastuerzo. — ¡Los toros son *pa* los hombres!

Entretanto un ruido de colmena llenaba la plaza con los comentarios de la gente; los aguadores y naranjeros ambulantes, avezados a estas impresiones dramáticas, voceaban tranquilamente por los tendidos su mercancía; las mulillas, hostigadas por los trallazos de sus conductores, arrastraban vertiginosas los cuerpos exangués de los animales muertos, dejando en el camino inmundos despojos que los areneros recogían en espuelas, y alguacillos y *monos sabios* corrían de un lado para otro en demanda de noticias del herido con que poder calmar la ansiedad pública... y al cabo llegó *El Chiquilín* con la deseada nueva que cundió por todos los ámbitos de la plaza:

—¿Qué ha sido? — preguntaron varios espectadores con honda emoción.

—¡Una *corná* muy grande en semejante sitio!—dijo, llevándose la mano al costado derecho.—*Tié* dos costillas rotas el pobrecito, pero dice el *dotor* que si no hay complicaciones...

Mientras allá adentro el público tornadizo se olvidaba poco a poco de la catástrofe, arrebatado por los adornos y las filigranas de *Joselito* en el segundo toro, en un pasillo de la plaza, Luisa, loca de desesperación y con el semblante desencajado, luchaba corajuda por desasirse de Mendoza y de Anita la *Guapa*.

—Déjenme ustedes!...—gritaba enronquecida por la rabia—¡Suéltlenme!... ¡Quiero ir!... ¡Quiero verlo!...

—¡Pero no seas tozuda, mujer!—decía la maestra, tratando de disuadirla.—¿No comprendes que es un disparate?

—¡Tenga usted juicio, Luisa!—agregaba Mendoza, emocionado a su modo por el dolor de la muchacha.

—¡No quiero!... ¡Suéltlenme ustedes!

—¿Y qué vas a hacer, infeliz, si ya no se puede remediar la desgracia?...

—¡Ustedes tienen la culpa de ella!—rugía en su furiosa exaltación.—¡Infames! ¡Ustedes por haberme hecho venir!... ¡¡Granujas!!...—Y dando un tirón enérgico, corrió ciega, desenfundada, indómita, arrollándolo todo en su carrera de fiera insana, hasta llegar junto al lecho de su novio.

—¡Paco!... ¡Paco de mi vida!—Clamó abrazando el cuerpo inerte de su novio y poniéndole en los labios toda su vida con un beso...

Al conjuro de aquella voz querida, que le llegó al alma antes que a los oídos, abrió el mozo penosamente sus ojos febriles y los fijó con angustiada insistencia en los de Luisa.

—¡Paco mío!—susurró acariciadora, ahogando su voz en un sollozo, y luego, como respondiendo a una interrogación amarga

de su novio, irguióse altanera y briosa y exclamó con acento exaltado:

—¡No, Paco mío!... ¡Tuya! ¡¡Tuya nada más!!...

En la mirada plena de altivez y de pasión de aquellos ojos negros, vió Paco, por vez primera, toda la verdad de un amor sin sombras, y sonriendo plácidamente bendijo a la fiera que al desgarrar sus carnes le abrió el corazón a una nueva vida de esperanza y de felicidad.

.

J. López Silva

Parezca y siéntase limpio, confortable y fresco todos los días

Tome un vaso de agua realmente caliente antes del desayuno para eliminar los venenos.

La vida no es meramente vivir, sino vivir bien, comer bien, digerir bien, trabajar, bien dormir bien y lucir bien. Cuán venturoso estado que alcanzar y sin embargo, cuán fácil de conseguir con que uno quiera adoptar el baño interno matinal.

Las personas acostumbradas a sentirse pesadas y enfadosas cuando se levantan, con fuertes dolores de cabeza, tupidos a causa de resfriados, lengua saburrosa, mal aliento y acedía pueden, por el contrario, sentirse frescos como una margarita, abriendo los canales del sistema todas las mañanas y eliminando la totalidad de materia venenosa interna estancada.

Todo el mundo, ya sienta dolores, esté enfermo o esté bien, debería todas las mañanas antes del desayuno tomar una cucharadita de fosfato limestone en un vaso de agua caliente, para eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las substancias indigestas del día anterior, la bilis ácida y las toxinas venenosas, y así

limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago. La acción del agua caliente y del fosfato limestone sobre el estómago vacío es fortificante de modo maravilloso. Elimina las fermentaciones ácidas, los gases, desechos y acidez y da un espléndido apetito para el desayuno. Mientras usted está desayunándose, el agua y el fosfato están tranquilamente extrayendo un gran volumen de agua de la sangre y preparándose para hacer un lavatorio completo en todos los órganos internos.

A los millones de personas que padecen de estreñimiento, ataques biliosos, desarreglos del estómago y reumatismo; así como otros que tienen piel cetrina, desórdenes de la sangre y aspecto enfermizo se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone, que les costará poco, pero que es suficiente para hacer de cualquiera un nativo de la limpieza interior.

Para informes: L. F. MILANTA, Rivadavia 1255 - Bs. As.

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Suscripción única anual \$ 5.—

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 5.^a edición.
2. La Huelga, de Hugo West (G. Martínez Zuviría), 5.^a edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta, 4.^a edición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 5.^a edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez, 3.^a edición.
6. La Paquinina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros, 5.^a edición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux, 4.^a edición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instinto, de Pedro Sondéreguer, 5.^a edición.
11. La evasión, de Benito Lynch, 3.^a edición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charras, 3.^a edic.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.^a edición.
14. Expinción, de J. L. Fernández de la Puente, 2.^a edición.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton, 4.^a edición.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó, (agotado).
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo, (agotado).
18. La esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de P. Sondéreguer, en 3 partes, 3.^a ed.
21. El tul violeta, de la Sra. d. R. de Orlándiz, (agotado).
22. La degollación de los inocentes, de Atilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayú, de Juan José de Soiza Reilly, 2.^a edición.
24. Holocausto, de César Carrizo, 3.^a edición.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici, 2.^a edición.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo, (agotado).
28. La revelación, de José León Pagano.
29. El caballo de Carcela, de José de Maturana.
30. Dorios, de Cyro de Azevedo, 2.^a edición.
31. La expulsión de los doctores, de E. Richard Lavalle.
32. Del parnasio al chiquero, de Eustaquio Pellicer.
33. Cristina, de Alfredo Duhau (número extraordinario), 2.^a edición.
34. El ataja-camino, de Juan Carlos Dávalos.
35. La conversión, de Claudio de Souza.
36. El último brindis, de César Carrizo.
37. El hombre de la barba en punta, de Miguel R. Roquendo.
38. La Casa de los Cuervos, de Hugo West (G. Martínez Zuviría), en 3 p.
39. El alma de Buenos Aires, por Enrique Gómez Carrillo.
40. Una "girl", por Agustín Remón (número extraordinario).
41. Córdoba Triste, por Luis Rodríguez Embil.
42. Trinidad Guevara, por Enrique García Velloso.
43. El Hambre, por Pedro Sondéreguer.
44. El Ucumar, por Ricardo Rojas.
45. Poligamia sentimental, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. "Chez Mme. Lucie", por Julio del Romero Leyva.
47. La historia de la muchacha, por Agustín Remón.
48. "Caballero Andante" — Homenaje a Diego Fernández Espiro, por Hugo del Monte.
49. "El chino del Dock Sur", por Héctor Pedro Blomberg.
50. "El cocobacio de Herrlin", por Arturo Cancela.
51. El Héroe, por Eligio González Cadavid.
52. Una Historia Absurda, por Pilar de Luzarreta.
53. Confesiones de una mujer, por César Carrizo, en tres partes.
54. "Le jour de Gloire est arrivé", por Julián de Charras, en homenaje a los allados.

PRÓXIMAMENTE — NÚMERO ESPECIAL EN DOS PARTES

"EL BASTONAZO", por Belisario Roldán

EN PREPARACIÓN

"Homúnculus",

Sensacional novela científica de PEDRO ANGELICI, autor de "El Pozo de las Murenas".

Sucesivamente obras de: Lugones, Muzzio Sáenz Peña, Mariano de Vedia, Mamá Justa, Horacio Oyhanarte, Rubén Darío, Agustín Remón.

A LOS ESCRITORES: — No se admiten trabajos en esta dirección que no sean escritos a máquina, no se devuelven los originales, ni se sostiene correspondencia sobre los mismos.



Los propietarios del afamado Polvo Graseoso LEICHTNER, queriendo agradecer el constante favor que las damas vienen dispensando a su exquisito producto han resuelto obsequiar \$ 4.650 m/n. de c/l., distribuidos en 1.287 premios, bajo las siguientes

BASES Y CONDICIONES:

1 Gran Premio.....	\$ 500.00
1 Segundo premio.....	250.00
2 Terceros premios, de \$ 100.00 c/u.....	200.00
5 Cuartos premios, de \$ 50.00 c/u.....	250.00
10 Quintos premios, de \$ 25.00 c/u.....	250.00
50 Sextos premios, de \$ 10.00 c/u.....	500.00
100 Septimos premios, de \$ 5.00 c/u.....	500.00
1.000 Octavos premios, de una caja del Polvo Graseoso Leichter, de \$ 1.50 c/u.....	1.500.00

1.169

\$ 3.950.00

y los siguientes premios adicionales, para aquellas personas que envíen la mayor cantidad de cuartetas, sean o no premiadas.

1 Gran Premio de.....	\$ 200.00
1 Segundo premio de.....	100.00
2 Terceros premios, de \$ 50.00 c/u.....	100.00
4 Cuartos premios, de \$ 25.00 c/u.....	100.00
10 Quintos premios, de \$ 5.00 c/u.....	50.00
100 Sextos premios, de una caja de Polvo Graseoso Leichter, de \$ 1.50 c/u.....	150.00

118

\$ 700.00

Total de premios: 1.287. — Total: \$ 4.650.00

Para poder optar a estos premios, las condiciones son las que siguen:

Remitir una cuarteta haciendo referencia al Polvo Graseoso Leichter, la que debe ser escrita en castellano

Cada Cuarteta debe venir acompañada

Este concurso queda abierto desde el 31 de marzo de 1919, a las 6 p. m.

con la mitad adherida a la estampilla fiscal que indica «Polvo Graseoso LEICHTNER», que trae cada caja de polvo. (Ver indicación al pie, para mayor entendimiento).

No será tomado en cuenta ninguna cuarteta que no se ajuste a estas condiciones, pudiendo cada persona, enviar la cantidad de cuartetas que quiera.

El primer premio, de \$ 500.00 será otorgado al mejor verso (cuarteta) y en orden de mérito los siguientes premios.

No habrá división de premios y el Jurado será formado por redactores de CARAS Y OABETAS, «Atlántida», «Mundo Argentino» y «Hogar», cuyo fallo será inapelable.

Todas las contestaciones deberán ser dirigidas a «Concurso Obsequio del Polvo Graseoso LEICHTNER, s/c de «La Novela Semanal», 248, Florida, Buenos Aires.

La casa Mendel y Cía. se reserva el derecho de publicar o no las cuartetas.

Mendel & Cía.

Bolívar 878

Buenos Aires

